



## ANDRIONICO Y EL LEON.

*Romance en que se refiere el cautiverio y aventuras de Andriónico. Dáse cuenta de sus amores, y de lo que le sucedió con un leon, que reconocido á los beneficios que de él habia recibido, se humilló á sus piés.*



Escúchame, Inviecto César,  
 si el escuchar no te enfada;  
 y verás, que de Esclavonia  
 soy natural, y se llama  
 Mantuca donde nací:  
 cuyas célebres murallas  
 le cobran tributo al Sol,  
 despues de ausentarse el Alba.  
 Aquí pues, señor, crióse  
 frente á frente de mi casa  
 una tan bella pastora,  
 que pudo el discurso en tanta  
 magestad decir, no hay mas  
 que ver en mujer humana.  
 Pues una tarde que el Sol,  
 del hechizo de su cara  
 salió eclipsado, por ser  
 quien á su luz eclipsaba  
 una celosia, que  
 astutamente ocultaba

sus reflejos, mas no obstante  
 Cupido sacó su aljaba,  
 y tirándome una flecha,  
 quedé rendido á sus plantas.  
 Creció nuestro amor y fué  
 con tan vehementes ansias,  
 que era su casa y la mia  
 teatro donde cifraba  
 nuestro amor finas caricias;  
 mas á este tiempo mi pátria  
 se reveló contra Roma,  
 y fui yo (¡fatal desgracia!)  
 á servidumbre de esclavo  
 condenado por la mala  
 fortuna, y así señor,  
 sabrás, que la realzada  
 casa de los Andriónicos,  
 es la mia y que me llaman  
 Andriónico, pues mi padre  
 así tambien se llamaba,

y mis abuelos lo mismo,  
 por ser familia tan clara  
 como la de Fabio en Roma,  
 y la de Austria en España.  
 Y aunque ahora mi fortuna  
 me ha traído por ser varia,  
 á verme esclavo, lo mas  
 que llega á sentir el alma,  
 es haber perdido (¡ay Dios!)  
 á Mirafior, prenda amada,  
 mas que todo el cautiverio,  
 y el castigo que me aguarda.  
 En esta ocasion mi amo  
 Marcio, me puso en la plaza,  
 y vendióme, gran Señor,  
 á un aserrador de tablas,  
 el cual como vió que yo  
 le daba mas buena maña  
 á las armas, que á la sierra,  
 volvió á venderme, y mi ama  
 lo sintió, compróme Dazo  
 en cien ducados de plata.  
 Y como su esclavo era,  
 me hacia que amasára,  
 que moliera, y que cerniera  
 y que le hiciera la cama.  
 Qué mas quiere que te diga?  
 cuando, señor, no me daba  
 ni zapatos, ni camisas,  
 y despues con furia extraña  
 me mandaba que de noche  
 tejiese espuestas de palma,  
 las cuales iba á vender,  
 y sino las despachaba,  
 no me daba de comer,  
 ni de azotar me dejaba.  
 Y sintiendo esta desdicha,  
 dos mil voces le rogaba,  
 que me vendiese, ó me diese  
 la muerte, que me quitáran  
 la vida, para no estar  
 en su esclavitud tirana.  
 Y así de aqueste presagio  
 gocé el tiempo que en su casa

estuve, que fueron once  
 años, y aun pienso que pasan  
 de once mil segun la cuenta,  
 y lo mal que lo pasaba,  
 cuya affigida pasion  
 dió ocasion á que dejara  
 á mi amo, y fugitivo  
 me fuí al monte, pues estaba  
 deseoso de morir,  
 y procuraba con ansias  
 que las fieras me comiesen  
 para acabar penas tantas.  
 Y yendo por el camino,  
 de mí mismo me afrentaba,  
 pues era, señor, mi ropa  
 tan pobre, que aqui se agravia  
 mi lengua de referirlo;  
 pues la pulidas albarcas  
 que calzaba, eran de esparto,  
 y por ser tela delgada,  
 de cáñamó una camisa,  
 con un sombrero de palma,  
 y para comer saqué  
 un zurroncillo de pasas,  
 y un corchuelo en que previne  
 llevar un poco de agua,  
 tres dias con sus tres noches  
 anduve, y viendo cansadas  
 mis fuerzas, busqué el descanso  
 en la mayor emboscada,  
 por escaparme de aquellos  
 tiranos que me buscaban.  
 Escondíme en una cueva  
 grande de suyo, y la entrada  
 algo angosta, y por de fuera  
 era señor, enriscada,  
 ancha en el medio, y la luz,  
 ni bien lóbrega, ni clara.  
 Y apenas hubo seis horas  
 que este sitio me ocultaba,  
 cuando ví súbitamente  
 que por la puerta se entraba  
 un feroz leon, y que  
 manos, pechos, boca y barba

tenia en sangre teñidas,  
cuyas señales me daban  
á entender, ser de algun hombre  
que andaba en el monte á caza,  
ò de otro fiero animal,  
que sin remedio á sus garras  
perdió el infeliz la vida.

Con que dolor, pena estraña!  
me vi, señor, cuando ví  
que á la puerta se sentaba  
de la cueva; y que el remedio  
de mi vida aquí se halla  
sin remedio: mira ahora  
en esta adversa y tirana  
fortuna, cual estaría,  
pues solo en pensarlo pasan  
en esta ocasion mis ojos  
á llorar la angustia amarga  
que en aquel lance sentí:  
pues cayéndome de espaldas  
sin sentido me quedé  
entendiendo ser llegada  
mi fatal hora, y que yo,  
á sus manos entregaba  
lo misero de mi vida.  
¡O quanto trecho se pasa  
del blasonar de la muerte,  
al verla estar asomada  
á la puerta de los ojos!  
Mira en qué afliccion mi alma  
estaría cuando ví  
mi sepulcro en las entrañas  
de aquel feroz animal,  
sin tener quien me librara  
del peligro; mas, señor,  
apenas movió las plantas  
el leon, cuando reparo,  
y veo que cojeaba  
de una mano, y que se llega  
á mí, que mortal estaba,  
y que él su mano enferma  
sobre las mias sentaba  
como dándome á entender  
de que yo se la curára,

y aun te aseguro, señor,  
que no hay lengua que bastára  
á ponderar la alegría  
que cobré, viendo tan mansa  
su ferocidad: yo entonces  
saqué de mi tosca baina  
un cuchillo y con la punta  
le abrí la mano hinchada,  
y sacándole una espina,  
que tenia atravesada,  
esprimíle la materia,  
y dispuse de curarla,  
lavándola con orines,  
y sirviendo de triaca  
mi saliva, despues desto  
de mi camisa rasgaba  
un pedaso que le até,  
porque el dolor mitigára.  
Seis dias con él estuve  
y en ellos, señor, pasaba  
plaza de médico yo,  
y él porque yo le curaba,  
me pagaba, pues traia,  
de las fieras que mataba  
la carne, para que yo  
con ella me sustentára.  
Mas un dia que salió  
á cazar á la montaña,  
dejé su albergue, y me fui,  
enfadado de las malas  
comidas, donde ocultéme  
de allí no larga distancia;  
y cuando á la cueva vino,  
y vido de que no estaba  
yo en la cueva, fuè, señor,  
tal su sentir, que bramaba  
de suerte, que los bramidos  
los oia donde estaba,  
y yo de verlo y oirlo,  
te aseguro que lloraba,  
cuya lástima me dió  
ocasion á que dejara  
este sitio, por la pena:  
mas mi tirana desgracia

me llevó donde los mismos,  
que á mi señor, me buscaban  
me prendieron, y á mi amo  
me llevan con furia estraña,  
donde estuve prisionero  
en tinieblas, pues la clara  
luz del dia no la ví,  
hasta que llegó una carta  
de Tito, en que manda y pide  
de que todos los que estaban  
prisioneros se los lleven,  
porque es costumbre romana  
celebrar el dia en que  
nace Príncipe ó Monarca,  
con fiestas, echando esclavos  
á pelear en la plaza  
con las fieras, porque así  
Tito lo ordena, y lo manda.  
En fin, pues llegando á Roma  
se presentó la batalla  
de los brutos, y los hombres,  
y cuando mas festejada  
estaba, señor, la córte,  
salió un leon á la plaza  
tan feroz, que en poco tiempo  
despedazó con las garras  
quince hombres, y á este mismo  
me echaron, porque acabára  
infelizmente mi vida.

Mas apenas la inhumana  
ira del bruto me vió,  
amainó su furia brava;  
pues llegándose á mis piés,  
me acarició y me alhagaba,  
prueba que viene, señor,  
á ser el que yo curaba  
en la cueva; y Tito entonces,  
viendo el prodigio, me manda  
la libertad, y que fuese,  
llevándome en mi compañía  
al leon, que agradecido,  
aunque bruto se mostraba,  
fuíme: y busqué, gran señor,  
hasta llegar á mi pátria,  
que comer con el leon,  
y entendiendo que casada  
estuviera Mirafior,  
no me parecieron largas  
las jornadas: mas halléla  
aguardando la palabra  
que la dí, y como noble  
se la cumplí, y celebradas  
las bodas, pedí, señor,  
que con pluma delicada  
escribiese Manuel Díaz  
aquesta triste é infausta  
tragedia mia, porque  
en verso se divulgára.

**FIN.**